

## Abril

Alguien dió, en mala hora, en contar las edades por abriles. Por encima de todo el designio primaveral que en este procedimiento había, triunfó la calidad pseudopoética de la frase y ésta se popularizó con desprestigio de tan respetable mes como este de las grandes lluvias a la otra banda, de las primeras rachas de frío en estas tierras. Nadie tenía, hace años, en los libros, veinte eneros ni dieciocho junios, sino tantos abriles.

La cosa no es para desperdiciarla. Quien cuenta por abriles tiene un sello de juventud, quiera que no la Señora Naturaleza. Los ciento y tantos años que contó el célebre turco Zaro Aga, contados de esta manera le transformaban en un mozalbete canoso. Ciento dieciséis abriles. Y un prestigio de flores recién abiertas y de pámpanos frescos se colocaba en derredor del centenario.

Para Jeremías Falk y Willem de Gheyn, calendaristas del siglo XVII, el mes de Abril, bajo el signo de Tauro, era la alegoría del Oído. ¿Por qué? Vaya usted a saberlo. Para Louis Laffite, autor de almanaques ilustrados en el Siglo XVIII, Abril era Floreal, sencillamente:

Sitot que Flore, en sa magnificence,  
promet dans ses présents des trésors aux humains,  
on aime a voir le candeur, l'innocence  
que la jeune beauté couronne de ses mains.

¿Y qué nos resta, entonces, para el sabroso Junio, para el tranquilo Agosto, para el decisivo Diciembre?... Otras cosas, las que se presenten a tiempo. Abril es el mes de la juventud. Los tapices-calendarios de Van Lestaille, por excepción, nos lo muestran como el mes de la caza. ¿No habrá una ironía, posiblemente, en esta diversidad?...—JOAN DE SELVAS.